poalla; como en otros tiempos en Grecia (y ha quedado por proverbio común): aquí fue Troya. Están todas aquellas llanadas y campos pobladas de ganado mayor y son sitios de estancias de hombres que las han pedido de merced y las han comprado; y aunque de presente ha parado en esto Cempoalla, pasaré en el capítulo que viene a tratar lo que entonces sucedió al marqués con el señor y moradores de esta grandiosa poblazón.

CAPÍTULO XX. *Que Fernando Cortés y el señor de Cempoalla tratan la causa de la opresión de los totonaques; y hacen amistades, y se va Cortés a sus navíos*

TRO DÍA SIGUIENTE VINO ESTE CACIQUE a ver a Cortés, acompañado de mucha gente noble, y presentóle muchas mantas de algodón y ciertas joyas de oro que podían valer hasta dos mil ducados. Díjole que descansase y se holgase él y los suyos; y que porque tuviesen tiempo para ello no quería darle pesadumbre ni hablarle en negocios de gobierno y otras cosas de consideración, y así se despidió de él como había hecho el día antes. Luego que se fue entraron con mucha comida guisada más indios que eran los españoles y mucha fruta y pan y ramilletes de flores; pasóse este día y luego el siguiente envió Cortés al señor algunas ropas y vestidos de España y muchas cosillas de rescate; y pareciendo que convenía asegurarse más en lo que deseaba hallar, envió a decirle que le dejase ir a su casa a verle y hablarle allá, pues era mala crianza sufrir que su merced viniese a verle y que él no fuese con el debido retorno a vesitarle; respondió el cacique que fuese muy en las buenas horas que de ello gustaba mucho. Acompañóse Cortés de cincuenta soldados bien apercibidos y dejó la demás gente en advertencia y vela para todo lo que pudiese suceder. Fue a casa de el señor con este acompañamiento dicho; salió a la calle el cacique a recibirle y de allí se fueron a una sala baja; sentáronse entrambos en unas sillas bajas (que llaman icpales) y apartándose la gente de uno y otro quedáronse con ellos los intérpretes; comenzaron a tratar algunas cosas por demandas y respuestas, porque Cortés deseaba mucho informarse bien de las cosas de la tierra y más en particular de el gran señor y rey Motecuhzuma. La summa de el razonamiento de Cortés fue darle cuenta y razón de su venida, de quién le enviaba y a qué, de la misma manera que la había dado en Tabasco, y al gobernador Teuhtlille y a otros, diciéndole la grandeza de su rey, la falsedad de sus dioses, la verdad de nuestra religión cristiana y los bienes que en seguir a Dios verdadero se ganan y granjean. Todo lo oyó con atención y respondiendo, dijo que los dioses que tenía eran buenos y que por tales los habían adorado sus antepasados. Y que cuanto a la grandeza de el rey que le enviaba, también era muy grande Moteçuhzuma, a quien servía toda aquella tierra que se llamaba Totonacapa, que casi llegaba hasta Pánuco y que era muy temido y respetado de todos los que oían su nombre.

Y después de haber dicho esto comenzó muy de raíz una muy larga plática, como el que deseaba decir la pena de su corazón que suele ser, en los que están llenos de ella, como el manantial represado que por pequeño resquicio que se le ofrece para reventar abre puerta cumplida y ancha por donde muy abundantemente desagua; y con la ocasión que se le ofrecía, dijo cómo sus antepasados habían vivido en gran quietud, paz y libertad; mas que había algunos años que estaba aquel su pueblo y tierra tiranizado y perdido porque los reyes de Mexico, Tenochtitlan, con sus mexicanos y culhuas, habían usurpado no sólo su ciudad y pueblo sino toda la tierra por fuerza de armas, sin que nadie se lo pudiese estorbar ni defender; mayormente que a los principios habían entrado por vía de religión con la cual habían juntado después las armas y así se habían hecho señores de todo sin haber podido hallar resistencia en ninguno. Y después que todas estas provincias y pueblos han caído en la cuenta y han advertido en su daño, ni lo pueden estorbar, ni prevalecer contra ellos y desechar de sí el yugo de su servidumbre y tiranía, por más veces que lo han intentado poniéndose en arma para ello; antes cuanto más lo procuran tantos más daños reciben, porque son los señores mexicanos de condición que a los que voluntariamente se les rinden y confederan los reciben a su gracia con sólo un pecho o tributo que les piden en reconocimiento y sujeción y con esto los amparan y defienden y los tienen como amigos y aliados; pero si les contradicen u resisten y toman armas contra ellos o se les rebelan, después de una vez sujetos o entregados, castíganlos con grande rigor y aspereza, matando muchos de ellos y sacrificándolos a sus dioses y comiéndose después sus carnes, y se sirven de los demás que quieren y los hacen perpetuos esclavos, haciendo trabajar al padre y al hijo y a la mujer sin tener piedad de ellos. Quítanles cuanto poseen y sobre todo esto vienen los recaudadores o recogedores de tributos y se llevan todo cuanto hallan sin dejar nada en la casa. Siendo pues tratados de Motecuhzuma (que hoy reina en Mexico) de esta manera, ¿quién no holgará de ser vasallo, cuanto y más amigo de tan bueno y justo príncipe como dices que es el emperador? ¿Siquiera por salir de estas vejaciones, robos y agravios y fuerzas de cada día? Aunque no fuese por gozar de otras mercedes y beneficios, que un tan gran señor querrá y podrá hacer. Paró aquí y hizo pausa enterneciéndosele los ojos y corazón (que es muy proprio de el que con sentimiento y dolor habla), mas tornando en sí encareció la fortaleza y asiento de Mexico sobre agua y engrandeció las riquezas, corte, grandeza, ejércitos y poderío de Motecuhzuma; y lo mucho que podía con la confederación y alianza que tenía hecha con los reyes de Tetzcuco y Tlacupa y que estaban muy ejercitados en las guerras continuas que tenían con los de Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholulla.

Hubo opiniones que esta plática no nació del señor de Cempoalla, sino que como Fernando Cortés era hombre de admirable ingenio y sagacidad, habiendo conocido el descontento que él y toda aquella tierra tenían de la servidumbre en que el rey de Mexico los tenía y opresiones que de sus ministros recibían, le propuso el salir de esta opresión y se les ofreció de ayu-

darles y que como el deseo de libertad es en todos los hombres tan natural y la opinión de los castellanos era grande en materia de valentía por lo sucedido en Tabasco y por la extrañeza de sus personas, caballos y armas, se inclinó a recibir su ayuda de que Fernando Cortés sintió singular contento, viendo que por aquel modo se le abría camino para ejecutar sus deseos y poner en plática su intento. Porque para la distribución de un reino y victoria cierta del contrario no hay cosa que más le deshaga y aniquile que la discordia que los mismos entre sí tienen; porque como dice Cristo, todo reino en sí diviso fácilmente será asolado y destruido y un haz de mimbres (aunque sean muy delgadas) mientras se conservan juntas unas con otras no hay fuerzas que las quiebren u dificultosamente son quebradas; pero cada una de por sí, ligeramente y sin trabajo se hacen pedazos y quiebran. Esta puerta halló Cortés entre estos indios, por donde se metió entre ellos y fácilmente negoció con ellos por la discordia lo que fuera imposible por las armas. Consoló mucho Cortés a este señor de Cempoalla, diole ánimo y prometióle que brevemente le pondría en su antigua libertad y le vengaría de los agravios recibidos. Estuvo Cortés quince días en este pueblo dando refresco y descanso a sus soldados y en todos ellos el gobernador Teuhtlille y Cuitlalpitoc, que desde que desampararon a Cortés no se descuidaron de saber sus pasos para dar aviso de todo a Motecuhzuma, como por momentos lo hacían, quedaron en muy grande admiración cuando supieron que Fernando Cortés había entrado en este pueblo y que allí había sido bien recibido.

Dijo al cacique que tenía necesidad de ver su armada, que había días que no sabía de ella y que se quería ir y que más de propósito tratarían después de su negocio; despidióse de él ofreciendo de volver presto. El señor le presentó veinte doncellas (aunque Gómara dice que fueron ocho) todas hijas de hombres nobles, una de las cuales venía más aderezada y con algunas joyas de oro al cuello que era su sobrina y la más hermosa y señora de vasallos, la cual dijo, que le daba en señal perfecta de amistad y confederación. Recibió el presente Cortés con mucho amor por no disgustar al que se lo daba y con sus doncellas y muchas mujeres que iban con ellas de servicio se encaminó para sus navíos; diéronsele tamenes, que son hombres de carga y con estos que dieron fueron los nuestros más descansados y pudieron llevar más provisión de comida, y de allí adelante siempre se usó pedir hombres de carga.